

VIII.

Dos días habían pasado después de escrita esta carta, sin que ningún suceso insólito tuviera lugar en el castillo. Las horas sucedían á las horas como acontece siempre. Lo mismo que los días precedentes, se vivía con esa indiferencia, con ese abandono que tanto hace disfrutar en el campo. Únicamente por la noche se ocupaban los unos de los otros, y la causa era que en aquel momento, terminados los paseos, todos se reunían en el gran salón. Las jóvenes tocaban el piano ó el arpa, con los balcones abiertos, á la claridad de la luna; se hablaba de París, del próximo invierno, de la última novela. Creemos que esta manera de vivir no necesita largas descripciones: todo el mundo la conoce.

En medio de toda aquella tranquilidad y de aquel bullicio, entre aquellas bellas y aquellos elegantes, tenía lugar un drama; cosa extraña! que se representaba entre dos personajes, como si dijéramos, entre Pigmalión y su esta-

tua, y que pasaba inadvertido para todos los asistentes.

Era preciso que la vanidad hiciese terribles esfuerzos para convertir en imbéciles á todas aquellas cabezas vacías, para que nadie tuviese la menor sospecha al ver la cara de Allán. Inspiraba compasión; su palidez tenía un tinte verde, y su hermosa frente se mostraba tan abatida como si la hubiera herido el rayo. Entraba muy tarde en el salón, y de toda la concurrencia sólo Camila era la que oía á su madre cuando le decía en voz muy baja, que se perdía en el ruido de las conversaciones:

—¡Allán, amigo mío, valor!

La carta que la Condesa le había escrito le dejó aterrado; pero, á fuerza de sufrir, el alma se encallece, y la pasión forma parte de la voluntad. Conocía el joven, confusamente aún, es verdad, que resistiría al imperio de la mujer amada, y quería sustraerse al interés de su mismo amor; pero también conocía que nada podía oponer á aquella razón fría y cariñosa que se le imponía. El alma de aquella mujer estaba muerta; su destino estaba encerrado en un círculo de hierro: todo estaba acabado, y solamente tenía la esperanza de que no se le obligaría á separarse de la estatua de mármol que cubría el sepulcro.

El sentido de las últimas líneas de la carta

de la señora de Scudemor había quedado para él algo confuso: sin embargo, creía que le hablaría aún otra vez, y estaba resuelto á rebelarse contra el ascendiente que la dama tenía sobre todas sus facultades confundidas. Pero esto era un delirio: nuestras pasiones se ajustan siempre á la cobardía que las produce.

Aquella noche fué á sentarse al sofá en que ella estaba, indiferente á todo lo que se decía, como de costumbre, pero no distraída, y hablando con el poco interés que demostraba en todo. Hacía cuarenta y ocho horas que Allán había recibido la misiva, y en ese espacio de tiempo el joven había padecido siglos de ansiedad y de sufrimientos, y aquella alma, saturada y llena de dolor, se anonadaba en la embriaguez de ver á la mujer amada. Pasó dos horas consagrado con todos sus sentidos á mirar los mórbidos brazos de la Condesa, que se dibujaban á través de las mangas de su vestido.

La conversación entre los concurrentes del salón era muy animada: los hombres hablaban de política, y las señoras cuchicheaban entre sí; resultando de todos estos tonos diferentes una confusión, que permitía deslizar al oído del vecino algunas palabras sin que nadie lo oyera ni lo notara. Y esto fué lo que sucedió cuando la Condesa dijo á Allán:

—Id á esperarme al bosquecillo.

Camila se hallaba sentada en un taburete á los piés de su madre, muy formal y silenciosa. Fué la única que oyó las palabras que ésta había pronunciado, y aunque su curiosidad de niña la impulsaba á aventurar una pregunta, se calló, y ni un sólo músculo de su rostro experimentó la más mínima contracción.

Aquellas palabras dichas en voz baja, sacaron á Allán de su ensimismamiento, volviéndole á su dolor. Presentía que en ellas se ocultaba un adiós, la última orden, la crueldad que se le había anunciado. Remedio violento, que no impediría la muerte del enfermo.... Recordó los propósitos que había formado: estaba convencido de que no podía ni quería separarse de la mujer á quien amaba sin esperanza; pero temblaba ante la lucha que iba á entablarse entre ambos. Creía tener fuerza y energía para resistir; pero, subyugado hasta lo más íntimo de su alma por la señora de Scudemor, tenía miedo de que su energía, de la cual no tenía una gran seguridad, fuese dominada. ¡Sentimiento amargo, que lleva consigo el poco aprecio de sí mismo!

Tardó muy poco en salir del salón, dirigiéndose al sitio indicado. El *bosquecillo*, plantado en una lengua de tierra al otro lado del pantano, era un retiro fresco y sombrío, for-

mado por muchos abetos, acacias y cipreses. Al pié de aquellos árboles se habían sembrado al azar gran cantidad de flores, á las que nunca daba el sol, por lo cual vivían pálidas y languideciendo á la sombra; aunque hubiera podido decirse que lo que perdían en esplendor, lo ganaban en perfumes.

La noche era muy oscura. Allán se sentó en un banco en el fondo del bosquecillo, donde los olores eran tan fuertes, que se impregnaban los vestidos. Á alguna distancia de allí se oía cantar un ruiseñor, y esto aumentaba la melancolía que reinaba en aquel sitio, ya de por sí tan triste aun en medio del día.

Pero la naturaleza era para el joven un libro cerrado. Á través de las hojas, y entre los claros que quedaban libres, miraba los balcones del castillo de los Saucés, puntos luminosos en medio de la oscuridad; y espiaba con ansiedad el momento en que la reunión se disolvería, retirándose cada uno á su cuarto.

Transcurrida una hora de espera, oyó un paso seguro y rápido, ruido que hizo que toda su sangre afluyera al corazón, cuyos latidos podían oírse.

—¿Estáis ahí, Allán?—dijo la señora de Scudemor con voz tranquila.

Un *sí* casi imperceptible fué la única respuesta que obtuvo.

Bajo los árboles no se veía absolutamente nada.... Sentóse en el banco bastante lejos de él. Dichosamente para ella, él sólo tenía diez y siete años, y la amaba; si hubiese tenido más edad, ó la hubiese amado menos, á poco que la casualidad hubiera ayudado, tal vez habría pagado muy cara la imprudencia de dar una cita en la oscuridad á un hombre que moría de deseos.

Pero la amaba con un amor tan verdadero y tan tímido, con el primer amor de la vida, que pudo ser imprudente sin peligro.

Después de un instante de silencio, que le pareció al desgraciado joven más largo que la hora que había esperado, le dijo:

—Hace dos días que os he escrito, y no he cambiado nada de mi resolución; antes, por el contrario, me he afirmado más en ella. Os he prometido que, para haceros la separación menos cruel, iba á causaros un nuevo dolor, un dolor saludable, y que envenenaría nuestra despedida con mis confidencias; porque toda esperanza que se arranca al alma, toma su partido y se resigna; pero cuando se conserva algo de ella, el mal se eterniza y los deseos se justifican.

—Es inútil....—empezó á responder; pero se contuvo á tiempo.

Una curiosidad ardiente se despertó en él;

aborrecía el misterio; quería saberlo todo, aun lo que más temía: tenía una sed insaciable de detalles.

Ella continuó:

—Allán, vais á conocer mi vida. Lo que yo no hubiera referido á nadie en este mundo, voy á contároslo á vos, niño de diez y siete años. Lo que no ha oído jamás hombre ni mujer, vais á oírlo; y espero que cuando me hayáis oído, ya no me amaréis. Si la impresión que os he causado dura todavía, se debilitará cada vez más, y la ausencia que ha de seguir concluirá por borrarla enteramente.

Entonces, con la voz ronca y cansada que él conocía, y que en la sociedad no decía nunca más que frases incoloras, comenzó sus confidencias, y puso de manifiesto una mujer que el mundo no conocía.

«No soy italiana (dijo), pero he sido educada en Italia, en el convento de San Lorenzo, cerca de Florencia. Una de mis tías me confió á una amiga suya, que era la superiora. No creo equivocarme al asegurar que estaba deseosa de librarse de mí, huérfana desde edad muy temprana, que debía poseer una fortuna inmensa, y que recibí una educación detestable. Hasta los quince años, estos fueron los sucesos más notables de mi vida.

»Hasta esta edad no hay en mis recuerdos

más que vacío, sombra, y nada puedo contar de ese tiempo. Debí haber tenido una inteligencia de primer orden, para que algún resto de ella pudiese librarse de la inercia de la educación rutinaria que recibía. Más tarde, esta inteligencia me ha servido para juzgar la vida, pero no para adivinarla.

»Aunque del país de las damas que la señorita de L'Espinasse fustigaba con su ardiente desprecio, había en mí más pasiones que en todas las hijas de Italia cuya infancia estaba mezclada con la mía. Su tez era más morena que la mía, el calor de su mirada era más ardiente que el de mi mirada; pero la pasión en ellas era la serpiente que se muerde la cola, al paso que en mí era la serpiente que estrecha en sus anillos el árbol del fruto prohibido.

»Hijo mío, en este mundo solamente es hermoso lo que es puro. En el momento en que os estoy hablando, Allán, no experimento el sentimiento de una falsa vergüenza en haceros leer en mi corazón y deciros: «Creed á la mujer que no se absuelve á sí misma: la pureza es la única belleza verdadera de la naturaleza. El amor, ese manantial de sacrificios infinitos, es tan hermoso, sólo porque nos purifica.»

»Si hay algo más santo que la virgen de quince años, es la mujer para quien todo es

incomprensible, y más santa aún que esta última es la que todo lo ha comprendido, y, sin embargo, ha sabido comprenderlo sin recibir una sola mancha. ¡Oh! ¡Á los quince años, cuando sólo se es una niña débil, que no se piensa más que en besar la frente de su madre y los piés del crucifijo de marfil, es muy difícil conservar ese tesoro de pureza que, una vez perdido, no vuelve á encontrarse, ni es posible reemplazarlo con nada! Pues bien, Allán: ese tesoro no lo tenía yo á los quince años, y mi primer amor fué desflorado, en el fondo de mi alma, por mi primera amistad.

»Cuando se tiene el alma ardiente y la imaginación no ha entrevisto aún lejanos horizontes, la pasión turba y amarga nuestros más inocentes y más dulces sentimientos. En lugar de soñar, como todas mis compañeras, pensaba en vivir; en lugar del deseo de amor en que ellas se adormecían hasta la embriaguez, yo me precipitaba locamente en el mismo amor. Vivía más de prisa, y al mismo tiempo vivía más.

»Había entre las más soñadoras de nosotras una joven napolitana, cuyos cabellos eran dorados como las hojas amarilleadas por el otoño, y cuyo rostro y hombros se hallaban inundados por los reflejos de su magnífica y rizosa cabellera. Indudablemente era la más

hermosa de todas, siendo algo más baja y más delgada que yo. El sol de su país se había vengado en sus cejas y pestañas, negras como el ala del cuervo, de no haber podido oscurecer su rubia cabellera: bajo el doble marco de ébano de sus cejas, sus pupilas de un azul pálido y mate, parecían dos turquesas engarzadas en un cuadro de azabache, y tenían tal tristeza en su mirada, que jamás partía de ellas el más mínimo relámpago, y ni aun sus lágrimas tenían el menor brillo. Aficionéme á aquella joven con la más loca idolatría; pero como aquella afección exaltada no fué solamente una afición de joven á joven, no os hubiera hablado de su hermosura, y solamente os hubiera dicho algo de su corazón.

»Pasé más de dos años entregada á las emociones que me producía mi pasión por mi joven compañera, que contestaba á mis transportes con frialdad, aunque con cariño, hasta que mi tía vino á buscarme y me llevó con ella á Francia, donde debía hacer mi entrada en el gran mundo. Mi pena, cuando me vi obligada á abandonar el convento, fué horrible, y, sin embargo, lloré menos que mi amiga: estaba segura de no ser necesaria á su vida, y esto hizo que á las agonías de la despedida se mezclara algo de orgullosa resignación. Un sentimiento como el mío era exigente, y me hacía sufrir

el que para mi ídolo no era otra cosa que una compañera de pensión. Prometimos escribirnos, y partí.

»En Francia creyeron que yo volvía tan triste de Italia porque había dejado grandes amistades en el convento, y mi tía fué una de las que así opinaron; pero bien pronto se desengañaron, y mi tristeza llegó á serle inexplicable cuando vió que á la quinta carta que tuve de Florenciano di contestación. Las cartas de Margarita no eran ella, faltaban sus miradas, sus cabellos, su persona, en fin, todo lo que yo había idolatrado. ¡Cada carta de aquellas traía consigo para mí una decepción, un desencanto, un dolor impregnado de desprecio! Al menos, cuando estaba á su lado, podía creer que ella adivinaba cuánto la amaba en la elocuencia de mis abrazos, en el fuego de mis miradas. Mas al presente, ¿qué me quedaba de todo aquello? ¿Qué encontraba yo en sus cartas? La expresión fría de una emoción vulgar, habladurías del convento, y nada más, porque los sueños de una joven no se cuentan; desesperada, preferí retirarme á la soledad desolada y silenciosa de mis recuerdos.

»Pero los recuerdos en aquella edad, que es la vuestra, no son eternos. La imagen de Margarita se borró poco á poco de mi pensamiento; y algunas veces me he preguntado por qué no

es tan fácil olvidar los amores que siguen como se olvida el primero de todos. Procuré ocuparme, para distraer las facultades que hervían en mí, en los libros de que mi educación me había tenido alejada, y en el mundo que aún no conocía; pero esas facultades no encontraban ni en una parte ni en otra el alimento de que tan necesitadas se hallaban, y no comprendía que la vida de la mujer no tiene más que un solo objeto en este mundo: la felicidad en el amor.

»No creáis, Allán, que voy á disminuir en nada la franqueza de mi narración.... Había en la sociedad de mi tía un gran número de jóvenes que me prodigaban sus homenajes. En aquella época de mi juventud no tuve otra cosa que caprichos pasajeros, á los que el ardor de mi carácter daba los transportes interiores de la pasión. Aquellos hermosos jóvenes, de quienes me prendaba una noche, eran despreciados por mí al día siguiente, ó, mejor, el desprecio mataba el amor que estaba próxima á darles. ¡Necios imbéciles, que tuvieron poder para alterar mi voz cuando me incomodaban con sus majaderías, y á los que me entregaba en pleno salón, ya en las voluptuosidades de un vals, ya en una conversación á media voz, para que después fuesen tal vez á vanagloriarse impudentemente con sus baila-

rinas de la Ópera!.... ¡Oh! Si los hombres supiesen que son despreciados por el corazón de las jóvenes que ven en el mundo, no querrían á ningún precio semejantes groseras virgindades. No las querrían ni como queridas ni como mujeres, y las repudiarían á todas, tanto en nombre del orgullo como en el del amor.

»Pasé lo que se llama los años más hermosos de mi juventud en esos entusiasmos de un día, que sólo son vergüenzas punzantes para el siguiente. No me sentía con valor para entregar mi vida á unos hombres á los que me reprochaba haber concedido un día, y la vanidad se vengó de mis desdenes, acusándome de orgullosa. ¡Ay! ¡la venganza de aquellas almas pequeñas y gastadas, la llevé á cabo contra mí misma! Tenía sed de amor, y carecía de él: esperé; pero esperar es lo que se hace casi siempre en la vida, hasta que, al fin, llegó para mí la desesperación. Tan joven, tan fuerte, tan poderosa, me preguntaba yo si la vida no se me escapaba en todos aquellos días que se apartaban de mí sin amar. ¡Momento cruel, que conocen bien las mujeres! Los días perdidos huyen, y dejan un pesar que ni aun es un recuerdo. El alma tiene extrañas agonías. Se dice, como la Loca de la balada: «¡Será mañana!»; y mañana llega y pasa, pero no el mañana que se desea. Menos feliz que la

Loca, se piensa en el ayer que nos engañó, y cada vez se tiene menos fe en el mañana que ha de llegar. ¡ Ah! No es siempre la alegría de ser bella la que hace lanzar al espejo esa mirada tan lánguida que os es conocida. Muchas veces es más bien la melancolía la que impide separar de él la vista. Nosotras, á las que la hermosura ha extraviado tantas veces, tenemos un miedo horrible de perderla, porque sentimos la necesidad de amar.

»No sabré deciros si fué el cansancio de esperar, ó el ardor redoblado por ese mismo cansancio, ó la impaciencia por ser dichosa, lo que decidió mi sentimiento por Horacio de Scudemor. Tenía tal apresuramiento por ser feliz en el amor, tenía tal avidez de creerme amada, que cerré los ojos para no ver á aquel hombre, á fin de no juzgarle como á los otros, y verme obligada á destrozar, una vez más, mis ilusiones; llevé muy lejos la estupidez, haciendo de ella un heroísmo.

»Acepté palabras de amor, cuya elocuencia toda era acaso los deseos de mi corazón; tuve fe en él, y me casé. ¡ Es tan fácil engañar á quien desea tanto ser engañado! Sin embargo, la vida me hacía palpitar con tanta fuerza, y los hombres me proclamaban tan hermosa, que Horacio podía fácilmente, como yo, equivocarse con respecto á su amor. Pero, fuera lo que quisiera, yo me

consideré feliz para siempre, y nuestra luna de miel fué un sol devorador: Camila lleva en su frente, tan apasionada ya, las señales de la ardiente hoguera de donde ha salido.

»Sin embargo, la posesión hastió pronto á mi marido, y no tardó en abandonarme.... Un amargo sentimiento de humillación se apoderó de mí; pero no derramé muchas lágrimas, porque la cólera llegó á dominar la desesperación producida por el abandono. Desde esta época me creí una alma superior á las vulgares. Yo había tenido fe en el amor de Horacio, había gustado las delicias del matrimonio en una intimidad profunda, y este amor se desvanecía ante la costumbre, y esas delicias de imposible descripción dejaban de existir. Más que mi corazón, la imaginación era la que experimentaba una de esas decepciones atroces, contra las cuales no hay remedio; llaga incurable que infesta hasta el porvenir. Sufrí mucho, pero lo oculté: otra hubiera perseguido con sus celos al hombre que la había engañado; yo me callé. Mi marido no era más que un libertino vulgar, y no le hice el honor de tener celos de sus abyectas ternuras; pero tampoco consentí que su ropa rozara la mía cuando pasábamos los dos por la misma puerta. El dolor me encontraba tan fuerte para resistirle, porque entonces no hacía otra cosa

que empezar á sufrir. Por la noche pagaba muy caro el estoicismo de que me había revestido durante el día. Era tal la rabia que entonces me dominaba, que me hubiera revolcado desnuda por los suelos.... Al día siguiente ocultaba mis sufrimientos convulsivos entre terciopelos y sonrisas, y aquellos adornos y aquellas alegrías eran unas imposturas tan bien fingidas, que mi felicidad insultaba á las demás mujeres de un modo casi tan sangriento como mi insolente belleza. ¡Qué digna de lástima es la felicidad, puesto que no se la puede distinguir de una absurda imitación! ¿Es porque no hay nada que sea verdad por lo que todo se imita tan perfectamente? De esta manera el despecho me hizo ocultar mis lágrimas, y mi vanidad se parapetó en mi orgullo.

»Uno de los más espantosos caracteres del sufrimiento, es el de estudiar en su derredor el horizonte, de hacerse el centro de una inmensa circunferencia, que, sin hallarse en ninguna parte, se encuentra por doquier. Aparece un dolor nuevo que nos enseña el engaño en que se está, que la herida no es tan honda como se pensaba, que el mal no es tan grande como se creía. Desengaño cruel, irónico, implacable: el deshonor de nuestra desesperación. Yo lo he aprendido más tarde.... Pero entonces creía que mi corazón no iba á rebe-

larse contra el golpe que le había herido. Me encerré en el fondo de mí misma. ¡Ay! Esta fuerza que en medio de la desgracia de mi matrimonio encontré, debió hacerme sospechar que no estaba todavía agotada mi energía, que había de sufrir nuevas pruebas, y que la vida prosigue siendo desgraciada largo tiempo antes de finalizar. Mi amor por Horacio había sido casi voluntario: ¡tanto me apresurara á creerle! Apenas conocía al hombre que odiaba, y que á pesar de esto me arrastraba con el poder de Dios. No le conocía, y llegaba á decirme que todas las fuentes de felicidad en que había yo bebido, no ocultaban un abismo mayor que los que había medido al caer.

»Había cumplido ya los terribles treinta años. Para la mayor parte de las mujeres, treinta años son la vejez con un corazón joven y loco, y el corazón se asusta de esta edad mucho más que la vanidad. Pero para mí esa época tan terrible parecía que sólo servía para añadirme nuevos encantos: es verdad que yo no había sido vaciada en el molde donde se hacen esos seres frágiles, á los cuales envidiaba con frecuencia para morir, la organización delicada; de esas mujeres efímeras que se sienten indispuestas ante una caricia, y que solamente sienten una pena en su vida, porque les sería necesario resucitar para sentir

dos. En estas mujeres los treinta años son suficientes para cubrirlas de arrugas, para desvanecer el brillo de sus ojos, para blanquear sus cabellos. En cuanto á mí, no era tan frágil, no era tan materialmente hermosa; así es que mi belleza no agonizaba á los treinta años.

»Por el contrario: á pesar de mis horribles deberes, comprendía que no había sido creado más en armonía con esta naturaleza inmortal que yo, y que me hacía ser más fuerte y no menos que las demás mujeres; á pesar de las ficciones crueles que me había impuesto, respiraba el aire infinito de la vida, y le respiraba con ansia, yo, á quien el dolor indomable no había producido con su garra en el pecho mayor huella de la que ocasionaría el débil arañazo de la mano de un niño sobre el cuello duro y resistente de un toro. Pero cuando esa fuerza no nos defiende contra la suerte, se es desgraciado, tanto por el hecho de esa fuerza como por el destino.

»Y esto es lo que me sucedió muy pronto. El conde de Scudemor tenía un sobrino algunos años más joven que yo, el cual había demostrado siempre gran repugnancia á la carrera de su tío; era rico é independiente, y viajaba por gusto y sin objeto determinado. Yo no le conocía más que por haber oído hablar

de su talento y de la elegancia de sus maneras. El Conde me le presentó, y vi que tenía la timidez orgullosa de los ingleses, que no les permite jamás dar los primeros pasos. Pues bien: con aquella timidez excesiva, en una hora llegó á ser mi señor absoluto, hasta el punto de que si me hubiera ordenado seguirle sin decirme dónde, lo hubiera hecho humildemente.

»Más adelante me confesó que á primera vista le había yo admirado más que seducido, y que no comprendía cómo había llegado á amarme. En cuanto á mí, repentinamente fui presa de una fiebre, de un insomnio, de un delirio verdadero. Nada de lo que yo había experimentado hasta entonces era comparable con lo que experimenté en aquella ocasión; no era sólo que mis sensaciones fuesen diferentes en intensidad; era que estaba loca, espirante de amor....»

IX.

La condesa de Scudemor se detuvo: su voz acababa de tomar un timbre extraño. ¿Era la fatiga de haber estado hablando tanto tiempo expuesta al frío de la noche? En un principio la sorpresa se había apoderado de Allán. No reconocía á su amada, que siempre se mostraba fría, en aquel lenguaje tan ardiente; después el interés de la narración había sido demasiado punzante para desvanecer el asombro: un sudor helado corría por sus mejillas, y mordía frenéticamente su pañuelo de seda. Una curiosidad infernal, porque estaba excitada por los celos, dilataba desmesuradamente sus pupilas, que brillaban en la sombra, y las fijaba en aquella mujer oculta en las tinieblas, y cuya voz baja y profunda, que conmovía todas las fibras de su corazón, había cesado de oír.

—«Sí (prosiguió, después de unos momentos de silencio); aquella vez, Allán, era el amor; pero el amor que no deja en el alma detrás de sí más que polvo; y puesto que este amor con-